

Límites colaterales

MIGUEL ESCUDERO *

“**Q**ue errar lo menos no importa quien acertó lo demás”, dice el alcalde de Zalamea en la célebre obra de Calderón. El rey hará suya la frase en una de las últimas escenas. Para estar de acuerdo con ella hay que precisar el contexto y distinguir el orden de magnitud de lo que se desprecia. Todo lo que es humano tiene límites.

Tienen límites nuestra visión, nuestro oído, nuestro gusto, nuestro tacto, nuestro olfato. Pero no sólo nuestros sentidos, también el día y la noche, la felicidad y la tristeza, nuestra altura y nuestro peso, la longitud de un artículo y su nivel. El hombre anda envuelto en umbrales.

En cuanto persona, el hombre puede ser más de lo que es, por eso necesita soñar para rebasar sus propias limitaciones. Es forzosamente libre, pero está fuertemente condicionado. A su alrededor encuentra vallas atravesadas, así sucede con su pasado y su presente, realidades irrevocables aunque se puedan revertir mientras se viva (“ni el pasado ha muerto ni está el mañana —ni el ayer— escrito”, sentenció Antonio Machado). Su futuro está por hacer, está indeterminado pero no puede ser cualquiera. Mi porvenir reside en lo que yo haga mañana, con lo que he hecho ya y con lo que me va deparando el destino.

En matemáticas existe, esto es, se usa el concepto de límite, cuya formulación actual data de hace un par de siglos. Se habla del límite de una sucesión o de una función en un punto, siempre de una o varias variables. En 1821, el prolífico escritor de matemáticas Augustin Louis Cauchy decía en un trabajo que “se llama variable a una cantidad que se considera que tiene que tomar sucesivamente muchos valores diferentes unos de los otros”. Nacido en 1789, el parisino Cauchy fue un ardiente partidario de los Borbones y por motivos políticos se exilió en Turín, donde durante varios años enseñó latín e italiano. Fundamentó el cálculo infinitesimal sobre bases más sólidas que sus predecesores, fijando de manera precisa el sentido de las notaciones empleadas logró hacer desaparecer las vaguedades de argumentos hasta entonces consentidos. Cauchy llamó infinitésimo a una cantidad variable que “se hace infinitamente pequeña cuando su valor numérico decrece indefinidamente de modo tal que converge al límite cero”. El sacerdote y matemático bohemio Bernhard Bolzano (1781-1848) dio en 1817 la definición apropiada de la continuidad de una función en un punto. Karl Weierstrass (1815-1897), uno de los personajes más simpáticos de la historia de las matemáticas, interpretó una variable simplemente como una letra que se usa para denotar cualquier valor de los de un conjunto dado que se le puede asignar a la letra. Estas contribuciones fueron capitales para hablar con rigor de límites. (Si existe, el límite es único, es decir, no importa la dirección o el sentido de la aproximación.)

Los límites primordiales de los hombres son, no importa cuáles sean sus trayectorias, su nacimiento y su muerte. Y ellos conducen a los mitos. Mircea Eliade recuerda que, en lenguaje coloquial, los mitos son fábulas, pero son la única revelación válida de la realidad para los pueblos arcaicos (las sociedades tradicionales). El mito explica

cosas imposibles o improbables. Así, el mito del buen salvaje (o el prestigio del origen) prolonga el mito de la edad de oro, la perfección del comienzo de las cosas; de modo laico revaloriza el mito del paraíso terrenal.

El hombre moderno despreciaba el mito como explicación opuesta a la razón y la ciencia, pero en verdad no sabe desprenderse de él. El mito es refugio de fantasías y nostalgias. Hace cincuenta años, Eliade veía que a escala colectiva el mito se manifestaba con gran fuerza bajo forma de mito político y que, fuera cual fuese su estadio de cultura y su forma de organización social, una de las nostalgias básicas del hombre es siempre el deseo de libertad absoluta. La participación, dice, de toda una sociedad en ciertos símbolos ha sido interpretada como prueba de la supervivencia del pensamiento colectivo, y, por tanto, de cierto comportamiento mítico. Éste puede descifrarse, en medio de camuflajes, en la vertiginosa cantidad de distracciones inventadas por el hombre moderno. Por más que esté desprovisto de una experiencia religiosa auténtica, tiende a descuidar el tiempo presente, el *momento histórico*. Lo que importa es salir de la propia historia y vivir un ritmo temporal cualitativamente distinto. “La verdadera caída *en el tiempo* comienza con la desacralización del trabajo; el hombre se siente prisionero de su oficio sólo en las sociedades modernas, pues no puede escapar del tiempo. Y como no puede matar su tiempo durante las horas del trabajo —es decir, mientras desempeña su verdadera identidad social— se esfuerza por salir del tiempo en sus horas libres”, escribe Mircea Eliade.

Así, nos encontramos el afán sin límite por alargar la noche los fines de semana en recorridos organizados o la pasión por vociferar o buscar pelea en los estadios de fútbol, por dar dos ejemplos que convocan

multitudes. Las noticias de los medios de comunicación se concentran en cualquier suceso truculento y perdemos los contornos de la realidad, su frontera queda desfigurada.

No hay fecha sin mito. Todo acaba por desvanecerse en nuestra memoria, incluso lo que no vivimos. El año que viene, se cumplirá el primer medio siglo de, por ejemplo, la muerte de Stalin y el fin de la guerra de Corea, de la concesión del premio Nobel de literatura a Winston Churchill y de la ascensión de Hillary y Norkay a la cima del Everest, del estreno de la película *Bienvenido Mister Marshall*, premiada en el festival de Cannes, y de la ruptura de Chaplin con el cine de Hollywood, yéndose a vivir a Suiza. A estos acontecimientos podríamos agregar muchos más, acaso se conmemoren, pero ¿cuáles serán los límites de nuestro conocimiento de ellos, recuperaremos el aroma con que fueron vividos por gentes tan distintas, su repercusión y significado, sabremos conectarlos con su posterior conexión, la que impone el paso de los años?

Los países europeos se van poblando con numerosas gentes venidas de otros continentes. Cada vez se va haciendo más patente nuestro estado de ignorancia con respecto a las realidades ajenas. Hay gentes instruidas que se dedican a dar oxígeno a necesidades instaladas en los hombres y los pueblos. Leo con disgusto un largo ensayo con un título desmedido y pretencioso, que inevitablemente defrauda al lector, pero que ha estado las últimas semanas entre los libros de no ficción más vendidos; a pesar de tal clasificación, se puede leer ahí que Juana la Loca asesinó a Felipe el Hermoso y que Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos. Para no entrar en los viejos tópicos que enjareta de los españoles, recojamos este otro inefable aserto: los alemanes han tenido con Francia hasta 1945 “la misma relación que hoy tienen los árabes o los iraníes con los

norteamericanos: los odiaban porque admiraban su clara superioridad”. El estado de error va en muchas direcciones y por eso se hace imprescindible volver la mirada a la realidad personal de los hombres.

Eliade lamentaba que a menudo el occidental se dejase impresionar por la manifestación de una ideología, ignorando lo único que importa conocer: “la ideología en sí misma, es decir, los mitos”. Hace cincuenta años decía que ya no era suficiente, como lo había sido otro medio siglo atrás, descubrir y admirar el arte negro o polinesio; “hay que descubrir las fuentes espirituales de ese arte en nosotros mismos”, afirmaba. Esa era una necesidad para que la cultura occidental no acabase siendo provinciana, dialogar con otras culturas no europeas, y esforzarse en no errar el sentido de los términos. Proponía tratar de vernos tal y como aparecemos ante los ojos de fuera: “Es urgente que comprendamos cómo se nos considera y juzga, en tanto que forma cultural, desde una perspectiva extra europea. No hay que olvidar que todas las culturas cuentan con una estructura religiosa, es decir, que han surgido y se han constituido en tanto valoración religiosa del mundo y de la existencia humana”. Hablaba del diálogo con el “verdadero mundo asiático, africano y oceánico” como de un modo para descubrir de nuevo posturas espirituales que puedan ser consideradas como universalmente válidas: “no se trata de fórmulas provincianas, creaciones de un único fragmento de la historia, sino de posiciones —osaríamos decir— ecuménicas”.

No hay límites para saber que hace tres siglos el orientalista y viajero Jean Antoine Galland dio a conocer al público occidental los cuentos de *Las mil y una noches*, en una serie de doce volúmenes traducidos por él mismo al francés. En aquél tiempo *mítico* la ciencia islámica tuvo su primera edad de oro. Abdullah al Mamum,

califa citado en esos relatos, fundó en Bagdad (la actual capital de Irak) la Casa de la Sabiduría y tuvo en su corte como bibliotecario al padre del álgebra. Éste era asimismo astrónomo en el observatorio de la capital de Mesopotamia. Se llamaba Mohamed ben Musa y era conocido como Al-Khwarizmi. Nació el año 780 de nuestra era, siglo y medio después de morir Mahoma, en Uzbekistán, país que fue soviético y que es fronterizo con Afganistán. El nombre Al-Khwarizmi ha originado los de guarismo y algoritmo. Su obra principal fue sumamente divulgada y traducida en Europa, trata de la ciencia de las ecuaciones, también conocida como el *arte de la cosa*, la cosa era la incógnita. Se impuso la denominación de álgebra: *al-jabr*, restauración, el paso de un miembro a otro en una ecuación. Hay un significado arcaico de álgebra recogido en el Tesoro de la lengua castellana o española (1611), de Sebastián Covarrubias, como el “arte de concertar los huesos desencajados y quebrados”. De ahí que algebrista fuera también un cirujano dedicado a la curación de dislocaciones de huesos, restituyéndolos a su lugar. Es la misión que distingue a un intelectual en una sociedad limitada.